

Gabriel Albiac

mayo

1968

El Rey del "Rock&Roll" vuelve a los escenarios de la música

Libertad para España

el mayo del 68 pasará a la historia como el año en que los jóvenes reivindicaron por

Los mayores logros para los ideales de los que lucharon
Las universidades de los países más desarrollados

democracia

GRAN CONCIERTO PRO DERECHOS HUMANOS

20 de mayo en la plaza de toros

Concentración de más de 100.000 personas

Los implicados eluden

Navidad y el consumo en general

desde la

incertidumbre

pasado lo político (pensar contra la izquierda y la derecha)

bíamos comprendido que, de nuestra apuesta generacional, había quedado algo muy parecido a aquello en lo cual el Camus de mediados los cincuenta cifrara la perseverancia de la suya:

Cada generación se cree, sin duda, destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo que no lo rehará. Pero tal vez su tarea sea más grande. Heredera de una historia corrupta, en la cual se mezclan las revoluciones traicionadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas, y donde poderes mediocres pueden destruirlo todo sin saber convencer de nada, donde la inteligencia ha sido rebajada hasta ser reducida a sirvienta del odio y la opresión, esta generación ha tenido que restaurar, en sí misma y en torno suyo, a partir de sus solas negaciones, un resto de aquello en lo cual consistía la dignidad de vivir y de morir.¹²

Los más jóvenes firmantes de la *acción popular* no tenían esa deuda. Su acto de rebelión, en tiempos de los cuales la rebelión había sido ya borrada, merece un reconocimiento. Como lo merece —y, tal vez, sobre todo— el trabajo de investigación empecinada de unos pocos —demasiado pocos— periodistas. Sin la tenacidad de Melchor Miralles, Ricardo Arqués, Cerdán y Rubio, sin el tesón de Pedro J. Ramírez, al frente de *Diario 16* primero, luego, tras su depuración en 1989, de *El Mundo*, nada del terrorismo de Estado socialista hubiera salido jamás a la luz.

12. Camus, A.: «Discours d'Estokholm» (10 de diciembre de 1957) en *Essais*; París, Gallimard, Collection de la Pléiade, 1965, p. 1.073.

0.5. Reliquias del pasado

En la foto que tengo ante mí, cuando ahora escribo, José Barrionuevo Peña viste el uniforme paramilitar de los carlistas. Debe de haber sido tomada a final de los años cincuenta. Su carrera política empezaba. Ignoro —la foto no lo muestra— si llevaba pistola. Su carrera política empezaba. Sería, de inmediato, consagrada en el SEU franquista. Los menos viejos entre mis lectores no tiene por qué saber lo que eso significa. El falangista Sindicato Español Universitario era el brazo armado de la dictadura en las facultades. Y, cuando escribo armado, no juego a las metáforas convencionales. Su especialidad más reputada fue el apaleamiento de rojos y demócratas —no se entretenían mucho en los matices, aquellos chicos, de la camisa azul y los correaes— en las universidades. Mi generación los puso en fuga —no es tampoco una metáfora— a partir de 1966: era el nacimiento del potente —y muy duro— movimiento estudiantil de la última década de la dictadura. José Barrionuevo fue subjefe nacional del SEU en años de esplendor mamporrero. Que de allí saltara a desplegar la carrera que lo llevaría flechado a la jefatura del

gabinete técnico de la Secretaría Nacional del Movimiento (órgano supremo del partido único franquista) no era sino de estricta lógica. La misma que lo haría rematar (mala metáfora) la cadena de ministros del Interior por la cual había pasado ya otro jerarca esencial del SEU: Rodolfo Martín Villa. Lógica estricta. La de la peor gente que jamás hizo política en este país. Lógica estricta del mal. La que la *transición* impuso en España.

Baile de máscaras. ¿Qué fue la *transición*, qué fue la España que resultó de ella, sino un polvoriento baile de máscaras apenas creíbles? Padre de la patria, un Manuel Fraga Iribarne, ministro de la dictadura manchado por las ejecuciones de 1963 y 1964; también, por la matanza de Vitoria en 1976. Garantes de la libertad de expresión, un tal Juan Luis Cebrián, director de informativos en el último gobierno del general Franco, bajo la tutela del carnicero Carlos Arias Navarro. Y su patrón, un tal Jesús Polanco, infinitamente enriquecido al abrigo cómplice de sucesivos ministerios de educación franquistas. Rostros públicos de la izquierda, quienes jamás dieron una sola batalla ni corrieron ningún riesgo bajo la dictadura. Barridos, los únicos resistentes reales a la dictadura: comunistas, anarquistas, extrema izquierda...

Gregorio Morán narra la anécdota en su *Miseria y grandeza del PCE*.¹³ recién constituida la Junta Democrática, el año antes de la muerte del dictador, un don nadie solicita audiencia, en París, al viejo zorro Santiago Carrillo. Se llama Felipe González Márquez y acaba de birlarle —con el apoyo

13. Morán, G.: *Miseria y grandeza del PCE. 1939-1980*; Barcelona, Planeta, 1986.

de Willy Brandt y del Departamento de Estado Americano— cartera y siglas PSOE al infeliz Rodolfo Llopis y a su precario núcleo de exiliados. «No se tiene noticia de qué ocurrió, aunque cabe sospechar que Santiago le explicó la situación política y los rudimentos del análisis y Felipe escuchó atentamente, introduciendo a duras penas algunas reflexiones de la realidad cotidiana que él tenía más cerca. Santiago debió salir convencido de que se trataba de un novato, hombre de paja de alguien [Múgica Herzog].»

La entrevista entre esos dos personajes, nefastos para la España de fin de siglo, marca la fatalidad de la *transición*. Un solo partido (el PCE) con presencia combatiente en los últimos veinte años de dictadura; unas siglas de rancia rentabilidad electoral (PSOE), recompuestas bajo tutela de las dos fuerzas hegemónicas del orden internacional: la socialdemocracia alemana y los servicios de inteligencia (véase el imprescindible libro de Joan Garcés¹⁴) americanos. Y, al frente de ambos, dos sujetos vírgenes de escrúpulo. Lo que vino luego —desde la trituración del PCE por Carrillo hasta la gestión del GAL por el señor X— no fue sino consecuencia.

Hace muy poco, don Felipe González —en defensa del colega Pinochet— ha hecho esta abracadabrante afirmación: «Yo hice la *transición* y no me hubiera gustado que nadie me hubiera interferido.» La ausencia de vergüenza de quien fuera presidente cuando GAL y Filesa no me sorprende. Sólo me hace recordar una conversación con Antonio García Trevijano, hace unos años: «El PSOE estaba dispuesto, aun antes del nombramiento de Suárez, a presentarse en la ventanilla de

14. *Ciudadanos e intervenidos*; Madrid, Siglo XXI, 1996.

Carlos Arias. Cuando me opuse a ello, preguntaron con jactancia que quién los iba a echar de la Platajunta, contesté que yo. Era el 15 o 16 de junio de 1976; yo había salido de la cárcel dos días antes y tenía conciencia de que, si había sido encarcelado por Fraga, quien me hizo mantener dentro durante cuatro meses fue González. Tan pronto como entré en la cárcel, reaccionaron los comisarios europeos en Bruselas y decidieron amenazar con que, si no me ponían en libertad, rompían los contactos con España. Antes de ejecutar ese acuerdo, Willy Brandt y Helmut Schmidt consultaron con Felipe González, y él les respondió que aquel acuerdo era perjudicial para la oposición y que yo estaba de acuerdo en que no se hiciera nada por mí. Así que Fraga me metió en la cárcel, pero fue González quien se las apañó para mantenerme en ella.»

Baile de máscaras. José Barrionuevo no habrá sido, al fin, sino el arquetipo —tal vez excesivo, pero todos los arquetipos lo son— de la miseria política y moral que gestó a los ganadores de los años ochenta: los felipistas adalides de aquel «¡enriqueceos!» que profetizó Solchaga. A lo largo de las semanas que precedieron al fallo del Supremo, se desgañitaron proclamando que eran *todos* Barrionuevo. Es preciso alzar acta notarial de esa proclama. Todos. Veintiocho asesinatos contabilizados. Miles de millones de pesetas que se volatilizaron. Todos. Todos Barrionuevo. Desde el señor X hasta el último desgraciado que se prendió la jodida chapa: «Todos somos Barrionuevo.» Todos *son* Barrionuevo. Que vivan con eso a costas como buenamente puedan.

Hemos atravesado verdaderamente tiempos tenebrosos. Es hora de que la luz recorte, matemática, sus perfiles. Terrorismo de Estado, gangsterización de la vida pública... Tomo

la última novela de James Ellroy, esa disección del laberinto mafia-policía-poder que es *América*:¹⁵ «Es hora de descubrir a los hombres malvados de entonces y de averiguar el precio que pagaron para definir a su época en secreto.» Hora de decir también que, durante aquellos años GAL-Glez., la dignidad moral de este país fue soportada por un número ínfimo de ciudadanos. Los que —desde la prensa y la acción judicial— supieron decir no y resistieron a todos los envites. Los Jesús Ibáñez, los Fernando Salas... Los que, sin esperanza y contra todo cálculo rentable, se empecinaron en decir que nunca —nunca— aceptarían ser, también ellos, Barrionuevo.

15. Ediciones B, 1996, p. 5.

«Hace menos de un mes que hice el descenso al vientre de la bestia y que decidí escribir finalmente este libro que tantas veces pospuse, sencillamente porque me daba miedo mirar de frente el espejo. Todos, alguna vez en nuestras vidas, hacemos esta ruta por los senderos de las sombras, de los cuales tan difícil es salir, aun malherido. Allí el frío es glacial.»

«Hemos visto morir a Dios en las trincheras del 14. Freud levantó acta.
Hemos visto morir al Hombre en las fábricas de jabón de Dachau y Auschwitz.
Lacan, Althusser y Foucault levantaron acta.
Hemos visto morir el Progreso en el largo exterminio de África y el Tercer Mundo. Nadie levantó acta de eso: eran demasiado pobres; no valían ni el papel ni la tinta gastados.
Hemos visto morir la Historia en un atardecer berlinés de hace diez años.
La tele levantó acta.
La política estaba hecha del paciente ajedrez de esos cadáveres.
Se acabó.»

«Somos los primeros pobladores de un mundo sin sentido.»

ISBN 84-01-37666-1



9 788401 376665